De todos los medios de educación, el peor es el empleo de terrores espirituales ó supersticiosos. Nada puede justificar el empleo de los terrores supersticiosos, salvo el caso de que puedan ser aplicados al castigo de grandes criminales y perturbadores de la paz de la humanidad. En pequeña escala, ya sabemos el miedo que causan á los niños; en gran escala, podemos citar la influencia de la religión que obra casi exclusivamente por el temor de otra vida.

Como todas las pasiones vulgares, puede el terror atenuarse hasta el punto de no ser sino un ligero estímulo, y la reacción que le sigue recompensa con creces el sufrimiento causado.

Los mejores ejemplos que podemos citar del temor bien empleado, nos son suministrados por célebres escritores, en los terrores simpáticos de la tragedia, ó en los de una intriga bien concebida, que se disipan pronto. Bajo el punto de vista de su relación moral y bajo su forma elevada, este sentimiento se manifiesta por el temor de afligir ú ofender á una persona á la que tenemos amor, respeto, ó veneración; hasta de este modo el amor contiene un grado de abatimiento bastante grande; en suma el efecto producido es saludable y elevado. Todas las personas encargadas de la educación deben aspirar á ser temidos de este modo.

La timidéz ó predisposición al temor es un rasgo de carácter bien marcado, del que los profesores deben tener escrupulosa cuenta. La debilidad general del cuerpo ó del entendimiento es precisa compañera de la timidéz; esta puede tambien ser resultado de largos y malos tratamientos, y de erróneas ideas sobre el mundo. Tratándose de cultura intelectual ó de grandes esfuerzos en una dirección cualquiera, puede esperarse muy poco de las naturalezas esencialmente tímidas; muy fáciles de gobernar bajo el punto de vista de falta de acción, lo son mucho menos para las de omisión.

Terminar con las creencias supersticiosas es uno de los puntos

mas importantes de la educación bajo su más lato aspecto; pero no podrá conseguirse con lecciones directas. Este resultado tan deseable es uno de los frutos indirectos y mas apreciados del estudio exacto de la naturaleza, es decir, de la ciencia.

LOS MÓVILES SOCIALES.

Los móviles sociales son, probablemente, de todos los sentimientos que contribuyen á la educación, los de mas extensión y simplicidad.

Los placeres que proporciona el amor, la afección, la consideración mútua, y la simpatía ó sociabilidad, constituyen la mayor dicha de la vida humana y, por consiguiente, son el objeto constante de nuestros deseos, de nuestros esfuerzos, y la causa de nuestros mayores goces.

La sociabilidad es un hecho completamente distinto de las necesidades absolutas de la existencia y de los cinco sentidos, y nos parece que es imposible unir ambas cosas por el análisis mas profundo ó por la averiguación de la evolución histórica del entendimiento. Sin embargo, como las cosas necesarias á la vida y á los placeres positivos y negativos de los sentidos propiamente dichos, nos vienen sobre todo por la mediación de nuestros semejantes, esta causa aumenta considerablemente el valor de las condiciones sociales, y hace de ellas uno de los principales fines que buscan los hombres. Parece imposible que este móvil haya podido despreciarse, sobre todo al ocuparse de educación; sin embargo, hay teorías y métodos que no le reconocen mas que una importancia muy secundaria.

El sentimiento social considerado en toda su extensión, cuenta entre sus elementos enérgicos, el amor sexual; las afecciones de familia y la amistad, y como elementos menos poderosos los sentimientos que experimentamos hácia los demás. Tomaremos de los elementos mas enérgicos nuestros ejemplos de influencia de los sentimientos sobre la educación, porque, en ellos,

encontraremos á la vez los elementos de ventajas é inconvenientes del estímulo social. El amor vulgar de los dos sexos, el uno por el otro, no presenta actualmente, mas que muy pocos ejemplos de altas aspiraciones intelectuales; además, es un móvil del que no hay que tener cuenta en la teoría de la primera educación. Vemos, á menudo, madres aplicarse á estudios que no tienen, para ellas, ningun atractivo, con el fin de contribuir á los progresos de sus hijos. Esto es, ciertamente, lo mejor; un fin secundario puede, algunas veces, hacer conocer y desarrollar con gusto un estudio que luego se sigue cultivando con interés.

Los sentimientos muy vivos, á causa de su misma vivacidad, no convienen como motivos de estudio sério. El trabajo intelectual mas penoso, y el que consiste en sentar las bases, debe terminarse antes que se encienda el fuego del amor sexual y del amor paternal ó maternal; cuando estas pasiones alcanzan su mas alto grado, la actividad intelectual se suspende, ó por lo menos, se aparta de su via regular. La influencia que dos amantes ejercen el uno sobre el otro no contribuye en nada á su educación, por falta de condiciones favorables. El amor inspira, sin duda alguna, esfuerzos considerables; pero, por un lado, existen pocas ideas elevadas, y por el otro, una facilidad de adaptación bastante grande para realizar la influencia mútua que los novelistas nos presentan como posible. Condescendencias muy diferentes y de un órden inferior del uno y del otro lado, pueden entretener el sentimiento; si se exige mas, desaparece.

La condición mas favorable al estudio y á la cultura intelectual en general, es una amistad entre dos personas, ó por lo ménos, un pequeño número amando todas la instrucción por sí misma, y fundando su cariño en esta circunstancia. Cierto grado de afección mútua hará, por otras razones, esta unión perfecta; pero la afección sensual exagerada entre dos personas que nos presentan los novelistas, no proporciona jamás terreno favorable para una cultura de órden elevado. En realidad estos cariños, tales como existian en Grecia, producian un grado tal de abnegación que llegaba hasta hacer el sacrificio de todos los bienes y de la vida misma.

El último punto de vista bajo el que puede considerarse la sociabilidad,—queremos hablar de la influencia ejercida por la multitud en general,—es el motivo de acción mas fuerte y mas durable, y obra con un poder incontestable. La presencia de una asamblea aviva, agita, y domina al individuo, le electriza en algun modo, y le arrastra, por decirlo así, irresistiblemente en el sentido en que se ejerce su influencia. Todo esfuerzo hecho en presencia de una multitud de hombres cambia, por lo mismo, de carácter y produce una impresión mucho mas profunda.

El conocimiento de esta influencia del número nos permite comprender mejor las ventajas de la enseñanza en las clases, colegios y, en una palabra, en todos los establecimientos donde se reune un gran número de discípulos.

El poder que se ejerce en semejante caso, es complexo, y puede aplicarse á muchos elementos distintos. El motivo social, bajo su forma pura de tendencia al agrupamiento y de simpatía mútua, no es el único que obra; si así fuera, tendria por efecto exclusivo favorecer todo lo que se apoyára sobre el asentimiento general, y poner al individuo al nivel de las masas; por ejemplo, puede decirse que el ejercicio hecho por un regimiento corresponde á esta situación: cada soldado está á la vista de los demás y aspira á ser lo que son los otros ó, en todo caso, muy poco mas; la cooperación simpática de las masas guia, estimula y recompensa los esfuerzos del indivíduo. Ahora bien, si un soldado está destinado á obrar aisladamente, la mejor educación que pueda dársele será primero en el comun de las masas, completada después por cierto tiempo de ejercicios separados que le preparen á una posición aislada ó independiente.

En todos los casos en que la instrucción se dá á un gran número de discípulos reunidos, el sentimiento social se ejerce sobre

todo bajo la forma pura de que venimos hablando, y dá los resultados indicados. La clase tiende á alcanzar cierto nivel de instrucción generalmente esmerada; de tal manera que los que están, por naturaleza, poco dispuestos á llegar hasta ese grado, se ve n empujados hácia adelante por la influencia de las masas.

Si la sociedad no pusiera en juego ninguna otra pasión enérgica, resultaria una especie de comunismo ó de socialismo teniendo por carácter principal la inmobilidad en la medianía; todo seria correcto hasta cierto nivel, pero no habria ni distinción ni superioridad individuales.

Al mismo tiempo que obra sobre las afecciones y las simpatías, la sociedad es la que dispensa los bienes y los males colectivos, y su influencia es necesariamente poderosa en todas direcciones. Si este estimulante no fuera jamás aplicado mas que á una elevada cultura intelectual, los resultados serian tales como la imaginación se atreve apenas á representarlos; pero hay muchos medios de conquistarse el favor de este poder, pués hasta se emplean, para conseguirle, el fráude y la decepción: solo por casualidad favorece la instrucción. A pesar de esto, las recompensas que dá la sociedad, han servido, muchas veces, para alentar el ingénio mas elevado, tales como la elocuencia de Demóstenes y las poesías de Horacio y de Virgilio, formas del ingénio que están notoriamente aliadas al trabajo mas perseverante y mas árduo. La misma influencia, cuando se ejerce á la vez por la vituperación y la aprobacion es, á nuestro parecer, la fuente principal de la moralidad ordinaria de los hombres, y la inspiradora de las virtudes excepcionales.

LOS SENTIMIENTOS MALOS Y ANTISOCIALES.

La cólera, la antipatía, el ódio, la envidia, el desprecio, lo mismo que el amor ó la amistad, se aplican á los otros, pero en un sentido opuesto.

A pesar de los incidentes penosos que se unen á su manifestación,—primero una ofensa, después el temor de represalias,—estos sentimientos son la fuente de un placer inmediato que es, muchas veces, superior á los de la amistad y de la acción en general. En bastantes casos, renunciamos á los goces sociales y simpáticos por librarnos del placer de la maldad.

En la educación, estos sentimientos son causa de graves inquietudes. Hay, á menudo, medio de sacar partido de ellos, pero las mas veces, el deber del maestro y del moralista es el de combatirlos porque no pueden producir sino mal.

Siendo la cólera una pasión de explosión y de accesos, debe ser reprimida en los niños, tanto como sea posible; pero para esto, es necesaria toda la influencia de los padres y de los profesores. La contrariedad momentánea que impone la presencia de un superior temido, no penetra bastante profundamente para engendrar una costumbre, y el discípulo busca y encuentra fácilmente las ocasiones en que poder entregarse á la antedicha pasión. El único medio de luchar contra la cólera, sea que la consideremos como destructora de la calma del entendimiento, sea que veamos en ella una fuente de malas acciones, es cultivar las simpatías y las afecciones. Lo contrario de la irascibilidad es la disposición que nos hace olvidar el mal que nos han hecho, para no pensar mas que en el que hacemos á los demás; si conseguimos pués alentar esta disposición, disminuiremos algun tanto la parte de maldad. Entre los medios secundarios que pueden oponerse á la cólera, deben contarse, además del remedio general de la vituperación, la llamada al sentimiento de la dignidad personal y la consideración de las consecuencias funestas de esta pasión.

La forma peor que toma la maldad es la de una crueldad fria y premeditada, demasiado frecuente, sobre todo en los niños. El placer de atormentar á los animales y séres humanos débiles y sin defensa, proviene de la fuente interminable de la maldad; esta tendencia debe ser reprimida hasta con la mayor severidad, si fuese preciso. En cuanto á los sufrimientos impuestos á séres

que pueden defenderse, producen ordinariamente su propio remedio, y la lección dada por las consecuencias de una mala acción es, indudablemente, de las de mayor provecho. Si encontramos enemigo que nos habla mas alto, bien pronto hacemos lo posible por reprimir nuestra cólera y nuestra crueldad.

El placer exagerado de la victoria contiene el de la maldad acompañado además de otros elementos. La caida y la destrucción de un enemigo ó de un rival son, sin duda alguna, las primeras circunstancias de donde nacen los movimientos de la maldad y, mas aun, son, probablemente, los estimulantes mas enérgicos de las facultades humanas.

A pesar de los diversos inconvenientes que presenta el placer de la victoria, estamos obligados á asignarle un lugar entre los motivos favorables al estudio y á los progresos intelectuales. En las luchas políticas, el placer de la victoria ejerce toda su influencia, y en las de los colegios, se encuentra el mismo móvil. El problema social que consiste en encontrar el medio de moderar el egoismo con el cual los individuos quieren apoderarse de lo mejor—es decir de todo lo que agrada á los sentidos y los exime de cualquier sufrimiento,—este problema, decimos, se hace todavia mas difícil por el placer que cada uno encuentra para satisfacer su natural malevolencia. Reprimir este sentimiento de un modo absoluto es imposible, y es preciso inventar cierto número de derivativos más ó menos compatibles con el respeto de los derechos de cada uno.

Uno de los principales derivativos de nuestros momentos de maldad, es el castigo de un mal causado á los particulares ó á la nación. Toda persona reconocida culpable es castigada por la ley, y la indignación excitada por el crímen, se cambia en satisfacción causada por el castigo. En la teoría de los castigos, se hace un lugar á la venganza pública. Pensar solo en prevenir el crímen y en castigar á los criminales, sin dar cuerpo á ningun resentimiento, exige mas virtud y abnegación que la que hoy posee

la naturaleza humana. El sistema moderno que desecha las ejecuciones públicas tiene por objeto restringir, en ciertos límites, el ejercicio del sentimiento de venganza.

La historia y las novelas dan á nuestros instintos vengativos una satisfacción imaginaria por decirlo así, sin límites, dándonos á conocer los castigos impuestos á los criminales. Los cuentos que tratan de malhechores y de sus castigos, están al alcance de las inteligencias menos desarrolladas, y este género de historias conviene á la inmaginación de los niños.

La mas refinada forma de la satisfacción que causa la maldad es, según nuestra opinión, el sentimiento de lo ridículo y de lo cómico. Existe una risa vengativa, odiosa y burlona que eleva este sentimiento á tanta altura como puede llegar sin pasar á las vias de hecho; pero existe también la risa alegre y placentera, en la que el sentimiento malo está casi desvanecido ante el sentimiento de la amistad. No es poco importante saber que en la alegría, la mofa de buena índole y las bromas, se encuentran reunidos sentimientos contrarios que se equilibran exactamente, pudiendo decirse que estas circunstancias quieren aprovecharse todo lo posible del amor y de la cólera. Las mas bellas obras satíricas que nos ofrece la literatura: los chistes de la buena sociedad, el placer de una burla inocente, todo atestigua el éxito de esta combinación difícil.

Nada puede demostrar mejor la vivacidad del atractivo que tiene naturalmente para nosotros la malevolencia, como el placer que queda cuando ha sido reducida al estado de alegría inocente. Cuando á los séres ávidos de emociones se les rehusa el ejercicio real de esta tendencia perjudicial, buscan todavía la apariencia.

Es lo que se demuestra en los juegos de los perros y gatos pequeños. Como éstos no están dotados de facultades cariñosas muy extensas, demuestran su afección gruñendo y haciendo cara de morder, lo que parece causarles el placer duplicado de la maldad y de la moderación. Los niños también hacen intervenir en

sus juegos la apariencia de la maldad y de la destrucción, y mientras hay equilibrio entre el sentimiento bueno y el malo, es fuertemente ofensivo. Consintiendo en hacer, á su vez, el papel de víctimas, los niños pueden asegurarse, sin pagarlo muy caro, todo el placer de la maldad; esto es, en nuestra opinión, la quinta esencia de la diversión.

El objeto de este análisis detallado es llamar la atención sobre la naturaleza precaria de todos estos placeres, y demostrar cómo es que los juegos y las diversiones están siempre proximos á llegar á la seriedad; en otros términos, que el elemento destructor y malévolo está constantemente á punto de desembarazarse de sus trabas y de pasar de la acción imaginaria á la acción positiva. Así es como degeneran muchas veces los juegos de la especie canina y de la felina, siendo también parecido el escollo perpétuo de los juegos de la infancia y de la juventud.

Es igualmente peligroso alabar los sentimientos vengativos por satisfacciones imaginarias.

Las historias de venganza tienen siempre una tendencia á entrener los malos pensamientos. Cierto es que estos cuentos son escuchados con avidéz por los niños, pero con esto, se alimentan los peores sentimientos en vez de los mejores.

Réstanos hablar de otra relación de la irascibilidad con la educación. Cuando la vituperación se expresa con cólera, el temor que inspira es mucho mas grande, y el que es objeto de ella, espera un castigo mucho mas severo, cuando la cólera se ha manifestado; es pues natural suponer que la cólera es útil al maestro: sin embargo, hay ciertos límites que es bueno definir. Sin duda alguna, todo acrecentamiento de severidad puede inspirar un terror saludable, con los inconvenientes que todo exceso lleva consigo.

Ahora bien, la cólera no se produce mas que por accesos y por consiguiente, su empleo perjudica á la disciplina por falta de medida y de continuidad; una vez pasado el acceso, el entendimiento vuelve á caer á menudo en una disposición poco favorable á una represión bastante enérgica.

La cólera puede jugar un papel importante en la educación siempre que el que la ejerza pueda dominarse. La indignación contra lo malo se expresa, algunas veces, por una actitud que puede producir excelentes efectos. Es preciso, para esto, poder dominarse y no irritarse mas que lo que merezca la ocasión. No bastaría al género humano que el sillón de un juez estuviera ocupado por una máquina calculadora, imponiendo una sentencia de cinco duros de multa ó de un mes de cárcel, cada vez que se echasen ciertos hechos en el aparato regulador. Una expresión de cólera contenida es, en sí misma, una fuerza cuando es á la vez regular y moderada, es la imágen temida de la justicia, y basta, muchas veces su vista, para reprimir toda insubordinación.

EL SENTIMIENTO DEL PODER.

El estado que llamamos *Sentimiento del poder* representa uno de los principales móviles del entendimiento humano. Sin embargo, no siempre es un sentimiento independiente. Muy á menudo proviene directamente de los bienes ó de las riquezas; en otros casos, nos parece evidente que uno de sus elementos es el placer de poder hacer el mal. El amor de la dominación, es decir el placer de someter la voluntad de los demás á la nuestra, tendria mucho menos atractivo si el poder de hacer el mal estuviera excluido de él.

La superioridad física ó intelectual es la que nos dá el verdadero poder por la riqueza ó por la autoridad de nuestra posición. Así es que solamente un corto número de hombres son los que disfrutan de un gran poder; ahora bien, este es susceptible de una gran extensión imaginaria. Podemos encontrar placer en la idea de un poder superior, y esto, en muchas circunstancias diversas que comprenden á la vez todas las acciones de los séres vivientes

y todas las fuerzas de la naturaleza animada; como por ejemplo, lo sublime es un ideal de gran poder.

Hemos casi llegado ahora al móvil tantas veces empleado en la educación que es la satisfacción que dá á los discípulos el sentimiento de su propia actividad; pero, mas tarde, estudiaremos esta cuestión detalladamente: sin embargo, antes que esto, examinaremos rápidamente otra clase importante de sentimientos muy notables y conocidos con los nombres de amor propio, orgullo, vanidad y amor á las lisonjas. Poco importa que sean simples ó complexos, lo cierto es que representan sentimientos muy vivos, y que desempeñan un gran papel en la educación.

LOS SENTIMIENTOS DE PERSONALIDAD.

El *yo* comprende muchas cosas. La averiguación del *yo* y el amor del *yo*, son palabras que podrian emplearse sin presentar por esto nuevos sentimientos.

La suma de todas las fuentes de placer y de todas las exenciones de sufrimiento que dependen de los sentidos y de los sentimientos, podria ser designada por el *yo*. Por el contrario, al amor del *yo*, al amor propio, al orgullo, á la vanidad, al amor á las lisonjas, se agregan nuevas variedades de sentimientos, aunque estos no sean mas que retoños de los que ya dejamos apuntados. No tenemos que buscar aquí el orígen exacto de estos sentimientos complexos, sino cuando sea necesario para apreciar su valor como móviles distintos.

Es incontestable que nos gusta encontrar en nosotros mismos algunas de esas cualidades que, en los demás, excitan nuestro amor, nuestra admiración, nuestro respeto ó nuestra estima. La satisfacción y la estima de sí mismo son sentimientos de gran fuerza. Su influencia saludable nos hace buscar la perfección; su falta debe ser atribuida á la enorme indulgencia que tenemos para nosotros mismos, lo que hace que los ocultemos ordinariamente á los ojos envidiosos de nuestros semejantes. Solo en ocasiones especiales, la persuasión puede obrar sobre estos poderosos sentimientos; están dispuestos frecuentemente á volverse, y á presentar exigencias inadmisibles.

Una forma aún mas elevada del sentimiento concentrado sobre el *yo*, es la que lleva el nombre de *amor á las lisonjas* y de *admiracion*; nuestro placer se aumenta cuando es repetida y apoyada por palabras de otros, la buena opinión que tenemos de nosotros mismos. Esta es una de las mas poderosas influencias que el hombre puede ejercer sobre sus semejantes. Tiene diferentes grados según nuestro amor, nuestro respeto ó nuestra admiración para las personas que nos alaban; según también nuestra relación con ellos, y por fin, según el número de los que se reunen para concedernos este tributo.

La alabanza es una justicia hecha al verdadero mérito, y debe ser dada fuera de toda otra consideración; pero recompensando, lo mismo que castigando, no podemos menos de mirar mas allá del presente, poniendo ante los ojos de los discípulos nuevos méritos que conquistar. La fama que acompaña al talento les excita al trabajo, y suministra al maestro un instrumento poderoso.

La lisonja, ó el elogio, no es eficáz y sin peligro mas que cuando es bastante bien proporcionada al mérito para obtener la aprobación de aquellos á quienes concierne. Como se extiende su influencia mas allá del momento en que es dada y que establece derechos para el porvenir, el abuso irreflexivo de las lisonjas vá en contra de su propio objeto. La lisonja puede presentarse bajo la forma de una expresión amigable, y nada mas; en este sentido, es una prueba de cariño que no tiene valor mas que bajo este título. Una sonrisa de satisfacción es una influencia moral.

La disciplina propiamente dicha, obra por el sufrimiento; no considera los placeres mas que bajo el punto de vista de sus contrarios. El valor positivo de los placeres no tiene importancia mas que porque sirve de punto de partida para juzgar de la efi-

cacia de las privaciones. Los sufrimientos opuestos á los placeres de la estima del *yo* y á los de la alabanza, son dos de las armas mas poderosas que contiene el arsenal disciplinario. Son los dos grandes medios empleados por los que no quieren castigos corporales. Todo el sistema de disciplina expuesto por Bentham no es mas que una combinación de los móviles de la lisonja y la vituperación, móviles que se esfuerza en presentarnos como bastando para todo.

La estima del *yo* tiene por contrario la humildad, sentimiento sobre el que la influencia del prójimo tiene muy poca presa. No es fácil, en efecto, atraer á los demás á no tener mas que una opinión mediana de sí mismos; con la generalidad de los séres humanos, es cosa casi imposible; para conseguirlo, es preciso recurrir á lo contrario de la alabanza, es decir á la vituperación. Aquí no hay equivocación posible, podemos hacer sentir siempre nuestro poder bajo esta forma cualquiera que sea después el resultado para producir la humildad. Apreciamos tanto la buena opinión de los demás, que el golpe nos hiere instantáneamente; la disminución ó la pérdida de la estima basta para hundirnos en las profundidades del desprecio y causarnos un sufrimiento indecible. Hasta los esfuerzos que hacemos para justificarnos no sirven mas que para demostrar el sentimiento que nos causa la censura que nos hiere. Cierto es que la vituperación, hábilmente manejada, constituye el medio mas eficáz de influencia moral.

CAPÍTULO V

Las emociones intelectuales.

Placer de saber.—Utilidad de la ciencia.—Averiguación de la certidumbre.—Emociones independientes del deseo de la verdad.—La ciencia, su austeridad; los dos medios de vencer la repugnancia que nos inspira.—Relámpago de placer que producen los descubrimientos de identidad y el aligeramiento del peso intelectual.—Aversión excitada por la sequía de las fórmulas científicas.—Oposición entre lo concreto y lo abstracto.—La relación de causa y efecto no puede comprobarse mas que por via de abstracción.—La curiosidad de los niños no es siempre de buena ley.—*Emociones debidas á la actividad.*—Actividad natural ó espontánea del organismo.—Satisfacción causada por la actividad espontánea.—Poder de este sentimiento; no puede siempre ponerse en juego.—Admiración del discípulo por la superioridad de su maestro. *Emociones artísticas.*—Goces del arte.—Sus diferentes efectos: simetría, proporción, plan, ritmo, medida. La música considerada como influencia moral.—La poesía.—*Emociones morales.*—Simpatías: sociabilidad: influencia de los beneficios recibidos.—*Los sentimientos considerados bajo el punto de vista de la disciplina.*—Métodos erróneos.—La escuela y la familia.—Principios aplicables á la autoridad en general.—Teoria de Betham sobre los castigos.—La disciplina en la escuela.—Acción de las circunstancias materiales.—Influencia personal del maestro; necesidad del tacto.—*La emulación.*—*Los castigos;* la represión, el arresto; el recargo de lecciones, las correcciones manuales.—*La disciplina de las consecuencias;* sus ventajas y sus inconvenientes.

Los sentimientos de placer que procura el ejercicio de las facultades intelectuales están muy léjos de tener la energía temible de los grupos que acabamos de estudiar. En realidad, hasta cuando estos sentimientos se manifiestan en su mayor vivacidad, podemos reconocer en ellos la influencia de las otras fuentes de poderosas emociones.